

TRES AVENTURAS DEL DR. PI

Edgar Bayley

LA LEVITACION UNIVERSAL

Un día, como otros muchos, el espectáculo estaba por comenzar. Era un pequeño teatro en el parque de atracciones. Unas pocas filas de sillas, un tablado, un telón raído. A la entrada, el Dr. Pi procuraba interesar con un altavoz a quienes pasaban por allí. Algunos de los artistas que participaban en el espectáculo daban muestras de sus habilidades: el forzudo, el amnésico, Max, cuyos poderes sobrenaturales le permitían lograr la levitación universal. Pero nadie se acercaba a la boletería. Nadie entraba.

El Dr. Pi pidió entonces a Max que hiciera allí su número, gratuitamente, a la vista de todos. Ante el anuncio la gente comenzó a congregarse.

—Yo mismo me ofrezco para que Max ejerza sus poderes sobre mí.

El Dr. Pi se extendió en el suelo. Max se sentó a su lado y se concentró unos instantes. Poco a poco, el doctor, tieso, con los ojos cerrados, comenzó a elevarse. Llegó a la altura del cartel del teatro. Allí se detuvo un momento para reiniciar enseguida un ascenso veloz que lo hizo desaparecer entre las nubes. El forzudo tomó entonces el altavoz y siguió proclamando las bondades del espectáculo.

El público se fue disgregando. Nadie se acercó a la boletería. Nadie entró.

EL VALS

El Dr. Pi había perdido el último tren aquella noche de invierno. Hacía frío y la estación estaba desierta. Tendría que pernoctar en alguna posada —si es que la había— en aquel caserío. No tendría más remedio que internarse en las sombras y apartarse del pequeño haz de luz que irradiaba la única lamparilla de la estación. Extrajo de uno de sus bolsillos su poderosa linterna y comenzó a caminar por las calles polvorientas del pueblo. Era una noche oscura, fría y silenciosa. Pi avanzaba lentamente, dirigiendo en forma alternada hacia abajo y hacia los costados

la luz de su linterna. Marchaba por una huella, en medio de grandes pastizales; las casas, viejas, ruinosas, parecían deshabitadas.

El Dr. Pi hizo sonar su silbato largamente. Se detuvo, en silencio. Ninguna respuesta. Ninguna señal de vida. Comenzó entonces a cantar, a todo lo que daban sus pulmones, el vals "Sobre las olas". De pronto, se encendieron luces en una gran casa, de tres plantas: unas luces cada vez más potentes. El Dr. Pi se acercó y pudo oír nítidamente algunas risas y música: tocaban y bailaban el vals "Sobre las olas". Se oyó un disparo. Una bala le había pasado muy cerca. Se apagaron las luces y se interrumpió la música. El Dr. Pi apagó su linterna y esperó. Al rato volvieron a encenderse las luces de la casa. Alguien lo llamó. Era Adelita.

—Te esperaba. Estoy sola. Ya se han ido todos.

El Dr. Pi resolvió pasar la noche en compañía de Adelita. Pernoctó, en fin, en aquel pueblo, donde había perdido el último tren. El último de ese día y de todos los días y años siguientes, pues el ramal iba a ser levantado y el tren no correría más. Pero otros trenes, otras estaciones, otras adelitas aguardaban al Dr. Pi, sólo que nunca más volvería, como aquella noche, a cantar y bailar un vals.

LA LIBRETA DE TAPAS NEGRAS

A las cinco y veinte de la mañana el Dr. Pi había ascendido al tren en que viajaba. El sol estaba alto cuando decidió consultar su libreta de tapas negras. "Todo está en orden", se dijo, y cerró la libreta. Entró al vagón un hombre sin piernas y con muletas, ofreciendo billetes de lotería. El tren tomó una curva y el hombre cayó sobre el Dr. Pi. El lotero dio un alarido: "¡Mis billetes! ¡Mis billetes! Se han ido por la ventanilla abierta".

—Aquí los tiene, dijo serenamente el Dr. Pi. Devuélvame mi libreta de tapas negras.

—Tómela. En esa libreta no está lo que me interesa, respondió el lotero. Llegaron a Mercedes, en la provincia de San Luis, el Dr. Pi descendió para hacer un breve paseo por la estación. En la sala de espera una mujer rubia, joven y de vigoroso aspecto, lo miró con atención. La acompañaba un hombre de barba, muy delgado y con anteojos negros. Gesticulaba, hablaba con voz afónica y daba golpes sobre el piso de madera

con sus zapatos de taco alto. Era bajo y se levantaba a cada momento de su asiento. Trataba de gritar pero nada podía oírsele. La mujer miraba distraída y consultaba su reloj.

Entró una muchacha vendiendo naranjas y perejil. El barbudo hizo un gesto de indignación y la echó. Siguió dando zapatetas. La rubia lo miraba apenas. Salió y subió al tren. El barbudo pareció enojarse y después lloró. La muchacha del perejil y las naranjas volvió a ofrecerle su mercadería. El barbudo la besó y le dio un puñado de monedas. La rubia se sentó al lado del Dr. Pi, en el tren, y cerró la ventanilla. Se abrazaron.

—Aquí tienes tu libreta de tapas negras, dijo la rubia.